

—Me encargáis de una comisión muy difícil —respondió éste cuando ella le hubo explicado su deseo.—Obedeceré si me lo exigis. Pero, creedme, valdría más que calláseis. Yo he pasado por ese mismo trance—añadió—y en condiciones muy semejantes. Una querida es siempre una querida, y todas se parecen. Pero el primero que hubiese osado hablarme una palabra contra ella hubiera pasado un mal rato. Por otra parte, no hizo falta que nadie viniera á contarme nada; yo mismo lo supe.

—¿Y qué hicisteis?—interrogó María Alicia.

—Lo que se hace cuando uno tiene una pierna fracturada por un cañonazo—dijo el veterano:—me amputé bravamente el corazón. Aquello fué duro; pero yo corté por lo sano.

—Bien comprenderéis, por lo tanto, que es preciso que mi hijo lo sepa todo—repuso la madre con acento de piedad y de triunfo á la vez.

VII

Al salir de almorzar de casa de una amiga de la señora de Sauve, y después de haber experimentado el delicioso placer de ver llegar á su querida en el momento del café, fué cuando Huberto Liauran se dirigió á la calle de Orleans, acudiendo á la súplica del General, que le había rogado se pasase por su casa á las tres.

El joven se figuró, al leer la carta de su padrino, que se trataría de su deuda.

Creía al Conde escrupuloso, y ya habían transcurrido dos meses sin que le devolviese las 3.000 pesetas.

La entrevista comenzó, pues, por algunas palabras de excusa que pronunció el joven en cuanto hubo entrado en la piececita del piso bajo, á la que no había vuelto desde la víspera de su partida para Folkestone.

Pensó en todas sus sensaciones de enton-

ces al encontrar el aspecto del cuarto exactamente lo mismo que le había dejado.

Las notas sobre la reorganización del ejército continuaban cubriendo la mesa; el busto del Mariscal Bugeaud adornaba la chimenea, y el General, con una bata de casa, cortada en forma de dolmán, fumaba con parsimonia en su corta pipa de madera de arbusto.

A las primeras palabras pronunciadas por su ahijado contestó sencillamente:

—No se trata de éso, amigo mío—con voz á la vez grave y triste.

Aquella entonación bastó para hacer comprender perfectamente á Huberto que se preparaba una escena de suma importancia para él.

Si es pueril creer en los presentimientos, en la vaguedad que las gentes del pueblo dan á ese término, ninguna criatura bien educada podría negar que el más pequeño detalle basta á veces para provocar la visión precisa de un peligro próximo.

El General callaba y Huberto veía en sus ojos y en sus labios el nombre de la señora de Sauve, á pesar de que aquel nombre no se había pronunciado nunca entre él y su padrino. Esperó, pues, á que se reanudase la conversación con ese acelerado latir del co-

razón que hace de la impaciencia un suplicio casi intolerable para los seres demasiado sensibles. Scilly, para quien toda la experiencia del sentimiento se reducía, desde su juventud, á una decepción de amor, se encontraba entonces poseído de una gran piedad ante el golpe que iba á dar á aquel joven tan querido. Las frases que había combinado durante toda aquella mañana le parecían desprovistas de sentido común. Sin embargo, era preciso hablar. En los momentos de suprema incertidumbre, lo que se manifiesta de ordinario y gobierna nuestras acciones es el rasgo impreso en nosotros por nuestra profesión. Scilly era un soldado valeroso y activo. Debía ir, pues, y fué directamente al asunto.

—Hijo mío—dijo con cierta solemnidad,—lo primero que debes saber es que conozco tu vida. Tú eres el amante de una mujer casada que se llama la señora de Sauve. No lo niegues. El honor te prohíbe decirme la verdad; pero lo esencial es poner los puntos sobre las *ies*.

—¿Por qué me habláis de éso—contestó el joven levantándose y cogiendo su sombrero—si confesáis que el honor me exige que no os escuche? Mirad, padrino: si me habéis hecho

venir para tratar este asunto, acabemos. Prefiero dejaros, á refir con vos.

—No es para preguntarte ni para sermonearte para lo que te he dado esta cita—replicó el Conde cogiendo con su mano la crispada que le tendió suavemente Huberto.—Es para darte cuenta de un hecho muy grave, y del que es preciso, sí, absolutamente preciso, que estés informado. La señora de Sauve tiene otro amante, Huberto, y es necesario que lo sepas.

—Padrino—dijo el joven retirando su mano de la del anciano y palideciendo de súbita cólera,—no sé por qué os empeñáis en que deje de respetaros. Es una infamia decir de una mujer lo que acabáis de decir de ésa.

—Si no se tratase de tí—contestó levantándose el Conde, cuyo grave y triste rostro contrastaba extrañamente con las facciones alteradas de su ahijado,—sabes muy bien que no te hablaría ni de la señora de Sauve ni de ninguna otra mujer. Pero te quiero como querría á un hijo y te digo lo que le diría á él: has colocado mal tu amor; esa mujer tiene otro amante.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Qué pruebas tenéis?—contestó Huberto exasperado ilimitadamente por la insistencia y sangre fría del General.—Vamos, decid, decid...

—¿Cuándo? Este verano... ¿Quién? Un señor de La Croix-Firmin... ¿En dónde? En Trouville... Es la conversación de todos los salones—continuó Scilly; y contó, sin nombrar á Jorge, los indiscutibles detalles que este último había confiado á la señora de Liauran, desde la relación del testigo hasta las indiscreciones de La Croix-Firmin.

El joven le escuchaba sin interrumpirle; pero cualquiera que le conociese hubiera visto que la expresión de su rostro era terrible. Una intensa cólera, producida por el dolor y la indignación, hacía palidecer sus labios.

—¿Y quién os ha contado esa historia?—preguntó el joven.

—¿Qué te importa?—dijo el General, que comprendió que indicar á Huberto en aquel momento el verdadero autor de toda aquella historia era exponer á Jorge á una escena cuyo fin podía ser trágico.—Sí: ¿qué te importa, si no eres el amante de la señora de Sauve?

—Soy su amigo—replicó Huberto,—y tengo el derecho y el deber de defenderla, como os defendería á vos de odiosas calumnias. Además—añadió mirando fijamente á su padrino,—si vos no queréis responderme á mi pregunta, os doy mi palabra de honor de que antes de dos días habré encontrado á ese se-

ñor de La Croix-Firmin que se permite propalar tales calumnias, y me entenderé con él sin necesidad de pronunciar ningún nombre de mujer.

El General, viendo el estado de excitación en que se encontraba Huberto, y no sabiendo qué palabras emplear para combatir aquel furor que no había previsto, pues estaba fundado en la más absoluta incredulidad, se dijo que sólo la señora de Liauran tenía la influencia necesaria para calmar á su hijo.

—Te he dicho lo que tenía que decirte— prosiguió melancólicamente;—si quieres saber más, pregúntaselo á tu madre...

—¿A mi madre?—dijo el joven con violencia;—debi haberlo sospechado. ¡Pues bien, allá voy!

Y media hora después entraba en el saloncito de la calle de Vaneau, en donde la señora de Liauran se encontraba sola en aquel momento.

En efecto, esperaba á su hijo, pero con mortal angustia. Sabía que aquel era el instante de su explicación con Scilly, y el resultado de ella la llenaba de terror.

A la vista de la fisonomía de Huberto aumentaron sus temores. Estaba lívido, muy ojeroso, y María Alicia experimentó en se-

guida el choque de aquella visible emoción.

—Madre mía, vengo de casa de mi padrino—empezó el joven—y me ha dicho cosas que nunca le perdonaré. Lo que más me ha atormentado es que ha pretendido saber por vos las calumnias que me ha repetido acerca de una persona á quien vos podéis no amar... pero no os reconozco el derecho de insultarla delante de mí, para quien ha sido siempre perfecta...

—No me hables con esa voz, Huberto—dijo la señora de Liauran:—me haces daño. Parece que me clavas un puñal en el corazón.

¡Ah! No era sólo la voz de Huberto, aquella voz breve y dura, lo que la atormentaba; era sobre todo y una vez más la evidencia del sentimiento que le unía á la señora de Sauve.

—Entre ella y yo—pensaba,—se decidirá por ella.

Su dolor dió en seguida por resultado reavivar su odio contra la causa del dolor mismo, que era aquella mujer, y en aquel movimiento de adversión encontró la fuerza necesaria para continuar la conferencia.

—Has perdido el sentimiento de nuestra vida íntima, hijo mio—dijo con tono más tranquilo.—Ya no comprendes nuestra ternura por ti ni los deberes que ella nos impone.

—Extraños deberes si consisten en haceros eco de viles calumnias, lanzadas contra aquella cuya única torpeza ha consistido en haberme inspirado una afección profunda.

—No—dijo la señora de Liauran, que se exaltaba á su vez;—no se trata de renovar una discusión que nos ha puesto al uno frente al otro, como si se tratase de un duelo.

En aquel instante la mirada del hijo y la de la madre se cruzaban como dos espadas.

—Se trata de que amas á una criatura indigna de ti, y de que yo, tu madre, he hecho que te lo digan y te lo repito.

—Y yo, vuestro hijo, contesto...—y tuvo en sus labios la palabra «mentís»; pero luego, como asustado de lo que iba á decir,—que os engañáis, madre mía. Os pido perdón por hablaros en este tono—añadió cogiéndola la mano y besándosela:—no soy dueño de mí mismo.

—Escucha, hijo mío—dijo María Alicia, por cuyos ojos hizo correr algunas lágrimas:—no puedo entrar contigo en todos esos tristes detalles—y pasó su mano por los cabellos del joven como en los días de su infancia.—Vete á ver á tu primo Jorge. Él te contará todo lo que nos ha contado á nosotras. Porque él ha sido quien, creyendo hacer un bien, ha juzga-

do que debía prevenirnos. Pero acuérdate de lo que tu madre te dice ahora. Creo en la doble vista del corazón. Yo no habría odiado tanto á esa mujer desde que tuve noticia de ella si no debiera haberte sido fatal. Conque, adiós, hijo mío. Abrázame—añadió con acento conmovido.

¿Comprendía la pobre madre que después de aquella escena no serían para ella los besos de su hijo lo que antes habían sido?

Huberto salió precipitadamente de la habitación, subió á un coche y dió al cochero las señas del casino en que esperaba encontrar á Jorge, un pequeño círculo muy aristocrático, situado en la calle del Circo. Pero mientras el cochero, estimulado por la promesa de una buena propina, castigaba á su caballo, el desgraciado joven empezaba á reflexionar sobre el golpe tan completamente inesperado que acababa de herirle.

El carácter de la raza de acción de que procedía, empezó á manifestarse por una toma de posesión de sí mismo. Rechazó desde luego toda idea de invención calumniosa por parte de su madre y de su padrino. Él sabía que aquellos dos seres detestaban á Teresa, y que eran capaces de mucho por separarle de ella; acababa de tener la prueba de ello.

Sí, la señora de Liauran y el Conde podían osarlo todo, excepto mentir. Creían, pues, lo que les habían dicho, y lo creían bajo la palabra de Jorge Liauran, quien se había hecho eco de una de esas mil conversaciones infames de París; pero ¿con qué fin? La inteligencia de Huberto no admitía en aquel momento que hubiese un átomo de verdad en la historia de las relaciones de su querida y de otro hombre.

Ni se detuvo en discutir el hecho en sí mismo; pensó únicamente en el personaje de quien provenía la relación. ¿A qué móvil obedecía aquel primo á quien iba á pedir una explicación? Le veía en su imaginación con su delgado rostro, su barba, sus cabellos cortos y su profunda mirada. Aquella visión suscitó en él un singular sentimiento de disgusto, que era, sin que él lo sospechase, obra de la señora de Sauve. Hasta entonces no le había hablado de ella Jorge á Huberto de modo que pudiera creerse una alusión ó una burla. Pero las mujeres tienen un seguro instinto de desconfianza, y ésta se había dado cuenta, desde los primeros días, de que su amor era enteramente antipático al primo de Huberto. Teresa adivinaba que Jorge veía únicamente un capricho de mujer en lo que ella una religión.

Una mujer perdona mejor las injurias precisas que el tono de desdén con que se habla de ella, y Teresa comprendía que el simple acento de la voz de Jorge al pronunciar su nombre estaba en desacuerdo absoluto con los sentimientos que ella deseaba inspirar á Huberto. Además, y para decirlo todo, ella tenía sus faltas en el pasado, y Jorge podía conocer aquel pasado. Un estremecimiento recorría todo su cuerpo ante aquella sola idea. Por estas diversas razones había empleado su más delicada y secreta diplomacia en separar uno de otro á los dos primos.

Aquel trabajo producía en la actualidad sus frutos, y era lo que en realidad inspiraba á Huberto una invencible desconfianza, mientras que el coche le conducía hacia el círculo de la calle del Circo. ¿De qué medio se valdría — pensaba — para preguntar á Jorge? Yo no puedo decirle: Soy el amante de la señora de Sauve; la has acusado de haberme engañado; pruébame... La imposibilidad moral de semejante entrevista llegó á ser, en el momento en que el coche se detuvo delante del círculo, una imposibilidad física. Huberto se dijo: Después de todo, es una chiquillada el ocuparme de lo que crea ó no crea Jorge Liauran. Despidió el carruaje, y en vez de en-

trar en el club, se dirigió hacia los Campos Elíseos.

Lo que constituye la esencia maravillosa del amor y su único encanto es que reúne como en un haz y hace vibrar á la vez los tres organismos que existen en nosotros: el pensamiento, el sentimiento y el instinto; el cerebro, el corazón y la carne. Pero esta misma unión es lo que suele producir su más terrible enfermedad.

El enamorado queda indefenso contra la invasión de la imaginación física, y esa debilidad se manifiesta sobre todo al aparecer los celos. De este modo se explica la monstruosa facilidad con que la sospecha surge en el alma del hombre que sabe es más amado, cuando un detalle cualquiera hace formarse ante los ojos de su espíritu un cuadro en el que ve que su amada le engaña. Es indudable que el amante no cree en la verdad de ese cuadro; pero tampoco puede olvidarlo enteramente, y sufre por ello hasta que una prueba cualquiera viene á hacer aquella imagen completamente absurda. Pero como en la formación de ese cuadro entra una gran parte de la vida física, cuanto más material sea la prueba, más completa y perfecta será la curación. Es exactamente lo mismo que ocurre al que

se despierta de una pesadilla cuando la impresión de las sensaciones que le rodean viene á disipar la parte atormentadora que le alucinaba durante su sueño.

Ciertamente que Huberto Liauran no había experimentado nunca, durante el año que hacía que amaba á Teresa de Sauve, la sombra de una duda, ni por un minuto, sobre aquel amor, del cual por una delicadeza excesiva, que podría ser hija de la prudencia, no había hablado nunca á nadie; y aun en aquellos momentos, después de las acusaciones formuladas contra ella por el Conde Scilly y la señora de Liauran, no la creía capaz de una traición.

Sin embargo, aquellas acusaciones tenían una realidad posible, y mientras que se dirigía hacia el Arco del Triunfo, el recuerdo de las frases pronunciadas por su padrino y su madre evocó en él el cuadro de Teresa entregándose á otro hombre. Pero esta idea pasó como un relámpago, y apenas hubo herido á Huberto aquel repugnante cuadro, determinó en él una reacción.

Por un violento esfuerzo rechazó aquella imagen, que se borró durante algunos momentos, para reaparecer después acompañada de todo un cúmulo de ideas probatrices. Huberto

recordó repentinamente que durante el viaje á Trouville, y de un día á otro, algunas cartas de su querida estaban escritas en letra y lenguaje un poco cambiados.

Parecía que se había puesto á escribir con prisa para terminar pronto su dulce trabajo de amor, como el que desea terminar pronto una tarea que le es penosa. Huberto había sufrido por aquel pequeño cambio momentáneo; pero luego se había reprochado como una ingratitud aquella tierna susceptibilidad de su corazón. Si; ¿pero no había sido inmediatamente después de aquel período de las cartas cuando Teresa abandonó á Trouville bajo el pretexto de que el aire del mar no la sentaba bien? Aquella partida había sido decidida en veinticuatro horas. Huberto experimentaba aún el movimiento de gozo inesperado que le produjera aquel súbito regreso. No esperaba ver á su querida en París hasta el mes de Octubre y la había visto en la primera semana de Septiembre.

Aquella alegría de entonces se transformaba retrospectivamente en una vaga inquietud. ¿No había acaso alguna relación entre el desorden evidente de las cartas escritas antes de aquella partida y la abominable acción de que había sido acusada Teresa? Pero en él era

una infamia admitir, ni aun por un instante, semejantes ideas. Movi6 hacia atrás la cabeza, cerró los ojos, plegó su frente y, reuniendo toda su energía de alma, logró una vez más desechar las sospechas.

Se encontraba entonces en la parte más alta de la Avenida. Se sentía tan cansado como si la subida hubiese sido para él un esfuerzo extraordinario. Buscó un café (cosa rarísima en él) donde poder detenerse y reposar un poco. Vió una pequeña taberna inglesa, perdida en aquel rincón del París elegante, para uso de los cocheros y de escritores de última fila. Entró en ella. Dos hombres de rostro colorado, muy robustos y que se adivinaba que debían oler á cuadra, estaban de pie delante del mostrador. A la caída de aquella tarde de otoño, las sombras invadían sinies-tramente aquel desierto rincón. Enfrente del mostrador había una banqueta desocupada y una larga mesa de madera sobre la que se veía un periódico inglés de esos que contienen muchas hojas.

Huberto se sentó en la banqueta, y una vez instalado, se dejó servir un vaso de vino de Porto, que bebió maquinalmente y que ejerció sobre sus nervios un nuevo efecto de excitación. El horrible cuadro apareció por

tercera vez, acompañado de un número de ideas mayor aún y que se clasificaban por sí mismas en un cuerpo de razonamiento. Teresa había vuelto, pues, á París muy pronto, y había acudido á una de sus citas clandestinas. ¿Por qué había sufrido entre sus mismos brazos tan violento acceso de sollozos? Ciertamente era que la voluptuosidad solía producir la melancolía casi siempre. La embriaguez del amor se convertía en ella, de ordinario, en una ternura triste. ¡Pero qué diferencia tan grande entre su habitual y delirante languidez y aquel frenesí de desesperación! Huberto se había admirado de ello, y Teresa le había dicho:

— ¡Hace tanto tiempo que no he gustado tus besos! Son para mí tan dulces que me hacen daño. Pero es un daño tan agradable... — había añadido estrechándole contra su corazón y metiéndole entre sus brazos.

Aquel acceso de desesperación no se disipó, sin embargo, enteramente ni al otro día, ni en las semanas siguientes, que Teresa había pasado en una casa de campo próxima á París, propiedad de una de sus amigas, á quien Huberto conocía.

El joven había ido á verla, encontrándola más silenciosa que nunca, y en algunos momentos casi taciturna.

Había regresado á París en el mismo estado y con el semblante un poco descompuesto; pero el joven atribuyó aquel cambio á una molestia física.

Una súbita y nueva asociación de ideas le hizo pensar en aquel momento:

— ¿Si sería un remordimiento?... ¿Pero qué remordimiento?... ¡Oh, qué horrible infamia!...

Se levantó, salió del café, emprendió de nuevo su marcha y rechazó otra vez aquella terrible hipótesis.

— ¡Qué insensato soy! — pensó. — Si me hubiese engañado sería porque no me amaba; ¿y qué necesidad tenía entonces de mentirme?...

Esta objeción, que le pareció irrefutable, le hizo desechar sus sospechas por algunos minutos.

Luego volvieron á reaparecer como reaparecen siempre.

— ¿Pero quién es ese Conde de La Croix-Firmin? ¿Me ha hablado ella de él alguna vez? — se preguntó.

Hojeando ansiosamente todos sus recuerdos, no pudo encontrar que aquel nombre hubiese sido pronunciado nunca por ella...

— Sí; sin embargo, sí... — percibió de repente, y en un rincón olvidado de su memo-

ria, las sílabas de aquel nombre que tanto odiaba ya.

Las había visto impresas en un artículo de un periódico que se ocupaba de las fiestas de Trouville. Sí, por cierto; había leído en uno de los periódicos que se venden por el boulevard, y en una serie de artículos, el nombre de su querida.

¿Por qué fatalidad este pequeño detalle, insignificante en sí mismo, venía á atormentarle en aquel momento?

Dudó de su exactitud, y tomó un coche para ir hasta las oficinas del único periódico que acostumbraba á leer. Hojeó la colección y encontró las líneas, de las que se acordaba, sin duda por haberlas leído varias veces á causa de Teresa. Eran el relato de un baile campestre, organizado en casa de una Marquesa de Jussac. ¿Probaba solamente esto que el señor de La Croix-Firmin hubiese sido presentado á la señora de Sauve?

— ¡Ah! — exclamó el pobre joven, á consecuencia de aquellas martirizadoras reflexiones; — ¿si estaré realmente celoso?

Esto representaba para él una idea insostenible, porque nada era más contrario que la desconfianza á la lealtad innata de toda su naturaleza.

Recordó entonces de nuevo la ardiente ternura que su amiga le había prodigado desde el primer día, y como había tomado desde luego la dulce costumbre de abrirle su corazón, se dijo que tenía un medio seguro de alejar para siempre aquella maldita pesadilla.

No era preciso más que ver á Teresa y darle cuenta de todo.

Esto tenía, en primer lugar, la ventaja de prevenirla de una calumnia que debía tratar de cortar en seguida. Creía, además de esto, que una sola palabra pronunciada por la boca de aquella mujer disiparía inmediatamente hasta la sombra de toda inquietud en su pensamiento.

Entró en un despacho de correos y trazó en el papel azul de un despacho telefónico: «*Martes, á las cinco.* El amigo está triste y no puede pasarse sin su amiga. Personas infames le han hablado de ella, causándole mucho mal. ¿Con quién consultarlo todo sino con la querida confidente de todo dolor y de toda felicidad? ¿Podrá acudir mañana adonde sabe á las diez de la mañana? Que pueda, y será más amada aún, si es posible, de su H.L., que significa el bien de esta tarde: Horrible Laxitud.»

Solía escribirla con esa tierna puerilidad,

con esas cariñosas palabras con que la pasión disimula á menudo su natural violencia.

Entregó el despacho al empleado y se admiró al sentirse casi tranquilo. Había empezado á obrar y la presencia de la realidad había hecho desaparecer la visión.

VIII

En el momento en que Teresa de Sauve recibió el despacho de Huberto iba á vestirse para salir y comer en casa de una amiga. Mandó en seguida desenganchar su carruaje y escribió unas letras apresuradamente para disculpar su ausencia, pretextando una jaqueca. La lectura de las sencillas frases que le dirigía Huberto le habían producido un sudor frío, seguido de violento temblor.

Cerró la puerta de su cuarto y se sentó en una silla baja, con la cabeza entre ambas manos, ante el fuego de la chimenea de su alcoba. Desde su regreso de Trouville vivía en una continua angustia, y lo que temía tanto como la muerte había llegado. Para que su amante, al que dos horas antes había dejado tan tranquilo y alegre, cayese en el estado de espíritu que ella adivinaba tras la puerilidad graciosa de su billete, era preciso que hubiese